

Hablemos del nacionalismo vasco.

Primero, que es un absurdo pretender que un diputado haga protestas de españolismo. No hay ni puede haber ley que le impida á un diputado del Congreso de España ser separatista. ¿Es que en el Parlamento austriaco, y en el inglés, y en otros no ha habido y hay separatistas? Tenía razón Castrovido al sostener que un diputado español puede profesar y exponer cualquier doctrina política, sea la que fuere. Y sólo á un jaimista se le puede ocurrir querer restaurar lo de doctrinas ilegales, que es algo del género de la unidad católica protegida por el Santo Oficio.

Segundo, que hay muchas razones para tomar á chacota, de lo que el señor Prieto se quejaba, el nacionalismo vasco, más que en él lo infantilmente ridículo supara á lo peligroso. Y volveremos á hablar de las memeces ó chocholaterías—como en nuestro Bilbao se les llama—litúrgicas de Euzkadi. Y bueno será repetir que Euzkadi, terminado de alquimia y de relictísima fragua, si algo puede quecer decir, es «arboleda de euzkos». Sin que sepamos qué clase de árboles son esos euzkos, qué no vascos.

Por último, que tiene razón Prieto al decir que el nacionalismo vasco ha sido protegido, mimado y hasta fomentado desde el Gobierno. Pero, ¿por qué?

Cuando aún regia—y era ayer—aquella práctica despótica de los alcaldes de Real orden, ministros de la Gobernación de España nombraron alcaldes de Bilbao á nacionalistas que, en rigor, eran separatistas, y aunque otra cosa dijese. Y ello ¿por qué? Porque no habiendo en el Ayuntamiento de la invicta villa un solo concejal dinástico, tenían que nombrar alcalde de Real orden, esto es, alcalde del Rey, á un republicano, á un socialista, á un jaimista ó á un bizkaitarra ó nacionalista. Y el Gobierno estimaba que antes de hacer alcalde á un antidinástico, se debía hacer á un antiespañol ó, como allí se dice por eufemismo, á un antipañolista. La dinastía estaba, á juicio de aquellos gobernantes, por encima de la Patria. El pecado mayor no era conspirar contra la Patria común de los españoles; el pecado mayor era predicar contra la dinastía.

Los socialistas mismos han sido en Bilbao mucho más patriotas, mucho más españoles que los bizkaitarras. Y es ello natural. El socialismo, animado de un espíritu de patriotismo universal y humano, de humanismo, de internacionalismo, siente mejor la valía de las grandes nacionalidades históricas y comprende que el desquiciamiento regionalista es reaccionario. La experiencia les ha enseñado á los socialistas que esas pequeñas autonomías, con su cortejo de viejas li-

turgias redivivas, se hacen á beneficio de plutocracias provincianas. Y así como Marx vió en la formación del gran capitalismo el prodromo de la emancipación del proletariado, así los socialistas ven hoy en las grandes unidades políticas el prodromo de la emancipación civil del pueblo y de la derrota del despotismo.

Pero para nuestros serviles Gobiernos de casa y boca, los del grosero despropósito de la consustancialidad de la Patria y la Monarquía, ser no ya antimonárquico, más aún, antidinástico, era más grave que ser antipatriota español y gritar «¡abajo el Rey!» era mayor pecado que «¡abajo España!» y, desde luego, que «¡viva la República!» se consideraba más pecaminoso que «¡gora Euzkadi!» (Lo cual, traducido al pie de la letra, quiere decir «¡arriba la arboleda de euzkos!»), lo que no es, ciertamente, un suhelo muy espiritual. Pero la intención...

Los Gobiernos de la Monarquía española han tolerado y aun mimado y favorecido, el nacionalismo separatista—porque lo es—vasco, porque no había otro modo de contenerlo que favorecer en Basconia la propaganda republicana, socialista y aun jaimista. El patriotismo grande y común á los españoles todos eran estos partidos los que lo sostenían.

Antes del 98 ya, pero sobre todo desde el 98, han propuesto tantas y tantas veces los Gabinetes de ministros de Su Majestad los intereses de la Patria, los de España, á los de la dinastía. Diríase que entienden que aquella, la Patria, España, es para ésta, para la dinastía, y no ésta para aquella.

Además, nuestros Gobiernos se percataban de que el nacionalismo vasco es un movimiento reaccionario, de derecha, afecto á lo que llaman orden. No acaba el kal-nacionalismo de consagrar el ex-señoría de Vizcaya—ó Bizkaia, según ellos—al Sagrado Corazón de Jesús, que nada tiene que ver con el amor que llevó á la muerte á Jesús de Nazaret, si no es que es un superstición materialista de origen jesuítico? Aunque esa consagración les sirva para ir separando más y más de España á Vizcaya bajo la égida de la Beata Margarita María de Alacogue, que no fué una Santa Teresa, ni mucho menos. (Santa Teresa era «maquet».)

Y cuando se le hacía alcalde de Real orden á un bizkaitarra ó se le concedía algún otro favor ministerial, pedíasele, más que declaraciones de españolismo, protestas de no ser antidinástico. No era respeto á la nación española, á la Patria común, sino respeto al monarca lo que se les pedía. Y eso les costaba poco. Que uno mandara arriar la bandera española ó no la izase en su yate, ó alguna vez

hubiese ido con otros, tumultuosamente—¡oh, la sanrocada!—á arrancarla de donde flameaba al aire de Vizcaya, ningún inconveniente tenía en ir á saludar al monarca, sobre todo si de ello podía venir algún provecho para sus negocios.

Y á nadie sorprenda que pueda compaginarse el dinastismo con el separatismo. Un mismo soberano puede ser de reinos separados. ¿No estuvieron unidos España y Portugal bajo Felipe II y sus dos inmediatos sucesores? Y acaso hay quien sueñe en que el Rey de España sea Señor de Vizcaya y Príncipe de Cataluña. El que el Sr. Cambó sea ministro del Rey de España no dice, de por sí, que se sienta muy español.

El nacionalismo vasco ha tomado vuelo porque los Gobiernos de Su Majestad el Rey de España han estimado que era más grave no reconocer la validez civil del Rey que no el no reconocer la de España, porque han estimado que ser antidinástico era más grave pecado que ser antipatriota; que gritar acaso «¡fuera el Rey!» era más ilegal que gritar «¡abajo España!»

ENVIO

Señor:

Si, como creemos y queremos creer, se siente español y patriota, servidor y no dueño de España, que es su Patria y no su patrimonio; si siente que la realeza es un instituto, es decir, un accidente histórico al servicio, más ó menos duradero, del pueblo que cuaja la Patria, su conciencia, y no una misma sustancia espiritual con ella; si así siente, como debe sentir, no tolere que esos criados, para salvaguardar el «orden» y proteger las demasías de ellos le pongan sobre la Patria, que es lo mismo que poner ésta á los pies del Trono. Y es el Trono el que debe estar á los pies de la Patria.

No tolere, Señor, que esa servidumbre política, que esos que llamó furrieles el que ahora los preside, por salvarle el patrimonio, deserten de la debida defensa de la Patria.

Felipe V de Borbón fué entregado á España y no España á Felipe V. Y por España y no por la restauración de los Borbones sufrió sitio y bombardeo en 1874 la invicta villa de Bilbao—y en ella estuvimos entonces, ¡gracias á Dios!—y fué liberada el 2 de Mayo, cuya conmemoración quieren borrar esos nacionalistas que antes transigen con el Rey que con España, y acaso sueñan con una Monarquía dualista, ó ternaria, ó cuaternaria.

Miguel de Unamuno.